ral español, de quien decian sus capitanes y soldados, que no habian visto jamas tanta actividad ni tanto valor, como el que habia mostrado en aquella jornada; pero recibió una gran herida en la cabeza, que fué empeorándose de dia en dia, y puso su vida en gran riesgo. Bernal Diaz alaba justamente el denuedo de Sandoval, y hace ver la parte que tuvo este famoso oficial en la victoria, inspirando valor á todos con su ejemplo y con sus exhortaciones. Tambien elogian los historiadores á Maria de Estrada, muger de un soldado español, la cual armada de lanza y rodela, corria tras las huestes enemigas, hiriendo y matando con un arrojo estraño en su sexo. De los Tlaxcaltecas dice Bernal Diaz que pelearon como leones, distinguiéndose entre ellos Calmecahua, capitan de las tropas de Mexixcatzin. Aquel valiente gefe tomó en el bautismo el nombre de D. Antonio, y fué célebre, mas que por su valor, por su larga vida de ciento y treinta años.

La pérdida de los enemigos fué considerable, aunque no tanto como lo dicen algunos escritores, que la calculan en veinte mil hombres: número increible si se considera el miserable estado á que habian quedado reducidos los españoles, la falta de artillería y otras armas de fuego. La de estos no fué tan pequeña como pretende Solis; pues perecieron casi todos los Tlaxcaltecas, y muchos españoles, á proporcion de su número, y todos salieron heridos [1].

Cansados de seguir á los fugitivos, volvieron á tomar el camino de Tlaxcala, por la parte oriental de aquella llanura. Allí pasaron la noche á descubierto, y el mismo general, á pesar de su cansancio y de su herida, hizo personalmente la guardia para mayor seguridad. Los españoles no eran ya mas que cuatrocientos cuarenta. Ademas de los muertos en los combates precedentes á la noche infausta de su retirada, perecieron en ella, y en los seis dias siguientes, ochocientos sesenta, como asegura Bernal Diaz, muchos de los cuales, habiendo sido hechos prisioneros por los Mexicanos, fueron inhumanamente sacrificados en el templo mayor de la capital.

RETIRADA DE LOS ESPAÑOLES A TLAXCALA.

El dia siguiente, 8 de julio de 1520 (1), entraron, alzando las manos al cielo, y dando gracias al Altísimo, en los dominios de los Tlaxcaltecas, y llegaron á Hueyotlipan, pueblo considerable de aquella república. Temian hallar alguna novedad en la fidelidad de los Tlaxcaltecas, sabiendo cuan comun es que los hombres se vean abandonados en sus infortunios, aun por sus mejores amigos; pero muy en breve se desengañaron viendo sus sinceras demostraciones de aprecio y compasion, por las desgracias que habian sufrido. Apénas tuvieron la noticia de su llegada los cuatro gefes de la república, cuando pasaron á Hueyotlipan á cumplimentarlos, acompañados por uno de los principales señores de Huexotzinco, y por un gran número de nobles. El príncipe Maxixcatzin, aunque afligido por la muerte de su

[1] Solis para exagerar la victoria de Otompan, dice que en los españoles hubo algunos heridos, de los que murieron dos ó tres en Tlaxcala; mas este autor, atento únicamente á la cultura del lenguaje, á los elogios y á las sentencias, no se cura de la exactitud de los números. Dice que Cortés condujo consigo á México, despues de la derrota de Narvaez, 1100 hombres, los cuales, con los 80 que, segun él dice, quedaron con Alvarado, forman 1180. En los combates precedentes á la derrota de México, apénas hace mencion de algun muerto. En la salida, cuenta 200, y en el viaje á Tlaxcala, los dos ó tres heridos en Otompan. ¿Qué se hicieron los 500 ó mas que faltan para componer 1180? Diversa es la idea que nos dan de aquella accion los que en ella se hallaron, como puede verse en las Cartas de Cortés, y en la Historia de Bernal Diaz. "¡O cuánto era furiosa, y espantosa de verse aquella batalla! dice este último. ¡Cómo combatian cuerpo á cuerpo, y con qué furia se lanzaban los perros! [Así llama á los Mexicanos.] ¡Qué heridas y matanza hacian en nosotros con sus lanzas y espadas!" y luego añade: "vuelvo á decir que nos hirieron y mataron muchos soldados."

[1] Bernal Diaz dice que la batalla de Otompan fué el 14 de julio; mas esto es una distraccion, pues Cortés asegura que entraron en los dominios de Tlaxcala el 8, un dia despues de la accion.

querida hija Doña Elvira, procuró consolar á Cortés, con la esperanza de nuevos triunfos, asegurándole que llegaria el dia de la venganza, y que para tomarla, bastaban el valor de los españoles y las fuerzas de la república, que desde entónces le prometia. Lo mismo efrecieron muchos señores. Cortés les dió gracias por su singular benevolencia, y tomando el estandarte del general mexicano, lo regaló á Maxixcatzin, y á los demas señores presentó otros despojos. Las mugeres tlaxcaltecas rogaron á Cortés que vengase la muerte de sus hijos y parientes, y desfogaron su dolor en imprecaciones contra la perfidia de los Mexicanos.

Despues de haber descansado tres dias en aquel pueblo, pasaron á la capital de la república, distante de allí quince millas, para curar sus heridas, de las que murieron ocho soldados. El concurso que asistió á su regreso en Tlaxcala, fué igual, y quizá mayor que el que salió á recibirlos en su primera entrada. La acogida que les hizo Maxixcatzin, y el cuidado que tuvo de ellos, fueron dignos de su ánimo generoso y de su sincera amistad. Los españoles se mostraban cada dia mas reconocidos á aquella nacion, cuya amistad constantemente cultivada fué el medio mas eficaz que emplearon, no solo para la conquista del imperio mexicano, sino tambien para la de todas las provincias que se opusieron á los progresos de sus armas, y para la sumision de los bárbaros Chichimecas y Otomites, que tanto los molestaron.

ELECCION Y MEDIDAS DEL REY CUITLAHUATZIN EN MEXICO.

Miéntras los españoles descansaban en Tlaxcala de sus fatigas, y curaban sus males, los Mexicanos se empleaban en remediar los que habian sufrido la capital y el reino. En el espacio de un año habian esperimentado grandes desventuras; pues ademas de las considerables sumas de oro, plata, piedras, y otras preciosidades que habian gastado, parte en regalos á los españoles, y parte en homenaje al rey de España, de las cuales recobraron sin embargo algunos restos, se habia oscurecido la fama de sus armas, y disminuido el esplendor de la corona: habíanse sustraido á la obediencia los Totonacas y otros pueblos, é insolentado en demasía sus enemigos: hallábanse mal parados los templos, y arruinadas muchas casas de la capital, y sobre todo faltaba el rey, muchas personas reales, y una gran parte de la nobleza. A estos daños que habian recibido de los españoles, se añadian los que ellos mismos se ocasionaban con la guerra civil, cuya noticia debemos á los escritos de un historiador mexicano, que se hallaba á la sazon en aquella corte, y que sobrevivió algunos años á la ruina del imperio.

Cuando los españoles se hallaban en la capital, molestados por el hambre y por las hostilidades del pueblo, algunos señores de la primera nobleza, ó por favorecer el partido de los estranjeros, ó, lo que parece mas verosímil, para socorrer á su rey, que hallándose entre los sitiados, debia participar de sus penurias, los proveian secretamente de víveres, y fiados en la autoridad que les daba su nacimiento, se declararon abiertamente en favor de Cortés. De aquí resultó tan funesta disension entre los Mexicanos, que solo pudo estinguirse con la muerte de muchos ilustres personajes, y entre ellos, Cihuacoatl, Tzihuacpopoca, Cipocatli y Tencuenotzin, hijos los unos, y los otros hermanos del rey Moteuczoma.

Necesitaba la nacion un gefe capaz de restablecer su honor, y de reparar las pérdidas sufridas en los últimos tiempos del reinado de aquel monarca. Fué elegido rey Cuitlahuatzin, poco ántes, ó poco despues de la derrota de los españoles, y era, como ya he dicho, señor de Iztapalapan, consejero íntimo de su hermano Moteuczoma, y Tlachcocalcatl, ó sea general de las tropas. Era hombre sabio y de gran talento, como asegura su enemigo Cortés, y tan liberal y magnífico como su hermano. Gustaba de la arquitectura y de la jardineria, como se vió en

el magnífico palacio que edificó en Iztapalapan, y el célebre jardin que en él plantó, de que hacen grandes elegios casi todos los historiadores antiguos. Su valor y su pericia militar le adquirieron la estimacion de sus pueblos, y algunos españoles, bien informados de su carácter, aseguran que si la muerte no hubiera abreviado su carrera, no habria sido posible apoderarse de la capital [1]. Es probable que los sacrificios que se hicieron en la época de su coronacion, fueron de los españoles que él mismo hizo prisioneros la noche de la retirada.

Terminada aquella solemnidad, se aplicó el nuevo soberano á remediar los males de la capital y del imperio. Mandó reparar los templos y reedificar las casas arruinadas; aumentó y mejoró las fortificaciones; envió socorros á las provincias, escitándolas á la defensa comun del estado, contra aquellos nuevos enemigos, y prometió absolver de todo tributo á los que tomasen las armas en defensa de la corona. Mandó ademas embajadores á la república de Tlaxcala, con un buen regalo de plumas, ropas y sal; los cuales fueron recibidos con honor, segun los usos establecidos en aquellas naciones. El objeto de esta embajada era representar al senado que aunque hasta entónces habian sido enemigos capitales los Mexicanos y los Tlaxcaltecas, era ya tiempo de unirse, como originarios del mismo pais, como pueblos de una misma lengua, y como adoradores de unos mismos númenes, contra los enemigos comunes de la patria y de la religion: que ya tenia noticia de los sangrientos estragos que habian hecho en México y en otros pueblos aquellos hombres orgullosos é inhumanos; sus sacrílegos atentados contra los santuarios, y contra las venerables imágenes de sus dioses; su ingratitud y perfidia contra su hermano y predecesor, y contra los mas respetables personajes del reino, y su insaciable sed de oro, que los inducia á violar las santas leyes de la amistad: que si la república continuaba apoyando los perversos designios de aquellos monstruos, tendria el mismo galardon que Moteuczoma, en cambio de la humanidad con que los acogió en su corte, y de la liberalidad con que los favoreció en todo tiempo: que los Tlaxcaltecas serian detestados generalmente, por haber dado auxilio á tan inicuos usurpadores, y los dioses descargarian sobre la república todo el furor de su cólera, por haberse confederado con los enemigos de su culto: que si por el contrario, se declaraban, como el rey lo pedia, enemigos de aquellos hombres odiados del cielo y de la tierra, la corte de México haria perpetua alianza, y tendria comercio libre con la república, con lo que esta podria evitar la miseria á que hasta entónces habia estado reducida; todas las naciones de Anáhuac le agradecerian tan importante servicio, y los dioses, aplacados con la sangre de las víctimas, enviarian á sus campos la lluvia necesaria, darian felicidad á sus armas, y harian célebre en toda la tierra el nombre de Tlaxcalteca.

El senado, despues de haber oido el mensaje, y despedido los embajadores de la sala de audiencia, segun costumbre, quedó reunido para deliberar sobre aquel gran negocio. No faltaron miembros á quienes parecieron sensatas las proposiciones de los Mexicanos, y convenientes á la felicidad de la república, exagerando las ventajas que se les ofrecian, el éxito infausto de la espedicion de los españoles á México, y la pérdida de las tropas tlaxcaltecas que habian estado bajo sus órdenes. Alzó la voz entre ellos el jóven Xicotencatl, que siempre habia sido enemigo capital de los españoles, y procuró

[1] Solis da á este rey el nombre de *Cuetlabaca*, y dice que vivió pocos dias en el trono, y que estos bastaron á borrar su memoria; mas lo contrario aseguran Cortés, Bernal Diaz, Gomara, y Torquemada. ¿Cómo podian olvidar su nombre los Mexicanos, cuando los españoles lo conservaban indeleble, considerándolo autor de los desastres de su retirada? Cortés se acordaba tanto de Cuitlahuatzin, y conservaba tal indignacion contra él, que cuando se halló con fuerzas suficientes para emprender el asedio de México, queriendo vengarse del rey, y no pudiendo hacerlo en su persona, por haber ya muerto, se vengó en su ciudad favorita; y no fué otro el motivo de su espedicion contra Iztapalapan, como él mismo confiesa.

apoyar, con cuantas razones pudo, la alianza con los Mexicanos, añadiendo que seria mucho mejor conservar las antiguas costumbres de su nacion, que someterse á las nuevas y estravagantes usanzas de aquella gente indómita é imperiosa: que no podia ofrecerse una ocasion mas oportuna para desembarazarse enteramente de los españoles, que aquella en que estaban tan cansados, débiles y abatidos. Maxixcatzin, por el contrario, que les era sinceramente afecto, y que tenia mas luces para conocer el derecho de gentes, y mejor voluntad de observarlo, rechazó el voto de Xicotencatl, censurando como abominable perfidia el designio de sacrificar á los Mexicanos aquellos hombres perseguidos por la fortuna, y que habian buscado un asilo en Tlaxcala, fiados en las protestas, y en las demostraciones del senado y de la nacion. Añadió que si los lisonjeaban las ventajas que los Mexicanos ofrecian, mayores las esperaba él del valor de los españoles; y que si no convenia fiarse en estos, menos confianza debian inspirar aquellos, de cuya falsía tenian tantas pruebas: finalmente, que ningun delito seria capaz de irritar tanto la cólera de los dioses, ni de oscurecer tanto las glorias de la nacion, como la horrible maldad que se proponia contra aquellos huéspedes inocentes. Xicotencatl inculcaba su primer dictámen, presentando á los senadores un odioso retrato de la índole y de las costumbres de los españoles. La altercacion fué tan animada, y escitó á tal punto los ánimos, que Mexixcatzin, arrebatado de cólera, dió un golpe á Xicotencatl, y lo precipitó por las gradas de la sala de audiencia, llamándolo sedicioso, y traidor á la patria. Esta demostracion, hecha por un hombre tan circunspecto, tan respetado y amado por la nacion, obligó al senado á mandar prender á Xicotencatl.

La resolucion en que convinieron los senadores fué la de responder á la embajada, que la república estaba pronta á aceptar la paz y la amistad de la corte de México, con tal que no se exigiese una accion tan indigna, y un delito tan enorme, como era el de sacrificar á sus huéspedes y amigos; pero cuando se envió á buscar á los embajadores para intimarles la respuesta, se echó de ver que habian salido ocultamente de Tlaxcala, porque habiendo observado en la plebe alguna inquietud de resultas de su llegada, temieron que cometiesen algun atentado contra el respeto debido á su carácter. Es probable que el senado enviaria embajadores tlaxcaltecas para llevar su contestacion. Los senadores procuraron ocultar á los españoles todo lo que habia ocurrido; pero á pesar de sus precauciones, lo supo Cortés, el cual dió gracias, como debia, á Maxixcatzin, por sus buenos oficios, y ofreció corresponder á la idea ventajosa que tenia del valor y amistad de sus compatriotas.

BAUTISMO DE CUATRO SEÑORES TLAXCALTECAS.

No satisfecho el senado con estas pruebas de su cordialidad, prestó de nuevo obediencia al rey Católico; y lo que es mas, movidos los cuatro gefes de la república por la gracia del Espíritu Santo, renunciaron á la idolatría, y despues de haber sido instruidos competentemente, fueron bautizados por el P. Juan Diaz, capellan del ejército español, siendo sus padrinos Cortés y sus principales capitanes. Celebróse esta funcion con grandes demostraciones de júbilo, tanto de los españoles como de los Tlaxcaltecas. Llamóse Maxixcatzin en el bautismo D. Lorenzo; Xicotencatl el viejo, D. Vicente; Tlehuexolotzin, D. Gonzalo, y Citlalpopoca, D. Bartolomé (1). Siguieron

(1) Ni Cortés ni Bernal Diaz hablan de este bautismo. Herrera hace mencion del de Maxixcatzin, y Solis añade el de Xicotencatl. Unos autores dicen que fué administrado por el P. Olmedo, y otros que Maxixcatzin lo recibió en su última enfermedad; pero lo cierto es que los cuatro gefes fueron bautizados, aunque Torquemada y Betancourt no convienen en el tiempo. Tambien se sabe que Maxixcatzin no aguardó á la última enfermedad, y qué los cuatro fueron bautizados por el P. Diaz. Todo esto consta, ademas de otras pruebas, por las pinturas antiguas tlaxcaltecas, que estaban en muchos conventos de franciscanos, y que vió el historiador Torquemada.

su ejemplo algunos Tlaxcaltecas; pero de estos no todos perseveraron en la fe, por no estar íntimamente persuadidos de la verdad del cristianismo.

ABATIMIENTO DE ALGUNOS ESPAÑOLES.

Ya estaba Cortés fuera del peligro á que habia espuesto su vida el golpe que habia recibido en la última accion, y algnnos españoles habian curado de sus heridas con la ayuda de los cirujanos tlaxcaltecas. Durante su enfermedad, Cortés no habia pensado sino en los medios de conseguir la grande empresa de la conquista de México, y para esto habia mandado cortar una gran cantidad de madera, con el objeto de construir trece bergantines; pero miéntras formaba estos vastos proyectos, muchos de sus soldados trazaban designios harto diferentes. Veíanse disminuidos, pobres, estropeados, desprovistos de armas y caballos. No podian olvidar el terrible conflicto de la trágica noche del 1.º de julio, ni querian esponerse á semejantes calamidades. Comunicábanse mutuamente sus temores, y censuraban la obstinacion de su general en una empresa tan temeraria. De las murmuraciones privadas pasaron á presentarle una súplica legal, queriendo obligarlo con muchas razones á volver á Veracruz, donde podrian tener socorros de tropas y municiones, para emprender con mayores fuerzas la conquista, que entónces juzgaban imposible. Turbóse Cortés con esta novedad, que frustraba totalmente sus designios; pero valiéndose del talento que poseia para persuadir cuanto queria á sus soldados, les habló con tanta energía, que los indujo á desistir de su pretension. Echóles en cara su miedo; despertó en sus almas los sentimientos de honor; hízoles un cuadro lisonjero de sus hechos gloriosos, y de las protestas llenas de ardor y de intrepidez que tantas veces le habian hecho ellos mismos; manifestóles cuanto mas peligroso era el regreso á Veracruz, que la permanencia en Tlaxcala; aseguróles la fidelidad de aquella república, de la cual dudaban; finalmente, les rogó que suspendiesen su resolucion hasta ver el éxito de la guerra que pensaba hacer contra la provincia de Tepeyacac, en la que esperaba tener nuevos testimonios de la sinceridad de los Tlaxcaltecas.

GUERRAS DE TEPEYACAC, DE CUAUHQUECHOLLAN, DE ITZOCAN, DE TALATZINCO, DE TECAMACHALCO Y DE TOCHTEPEC.

Los señores de la provincia de Tepeyacac, confinante con la república de Tlaxcala, se habian declarado amigos de Cortés y súbditos del rey de España, desde el horrendo destrozo que los españoles hicieron en Cholula; pero viéndolos despues abatidos, y victoriosos á los Mexicanos, volvieron á someterse á estos, y para granjearse la voluntad de su rey, dieron muerte á algunos españoles, que, ignorando la tragedia de sus compatriotas, iban de Veracruz á la capital: admitieron guarniciones mexicanas en sus pueblos, ocuparon el camino de Veracruz á Tlaxcala, y entraron varias veces de mano armada en las tierras de aquella república. Decidió Cortés hacerles la guerra, no ménos para castigar su perfidia, que para asegurar aquel camino, por el cual debian llegarle los socorros que aguardaba. Incitábalo tambien á aquella espedicion el jóven Xicotencatl, que por mediacion del mismo general español habia sido puesto en libertad, y que, para borrar todas las sospechas que podia inspirar su conducta, despues de lo ocurrido en el senado, ofreció ayudarlo en aquella guerra con un ejército numeroso. Cortés aceptó la oferta; mas ántes de tomar las armas, exigió amigablemente alguna satisfaccion de los Tepeyaqueses, y los exhortó á dejar el partido de los Mexicanos, prometiendo perdonarles el asesinato de los españoles. Pero habiendo sido rechazadas sus proposiciones, marchó contra aquella provincia con cuatrocientos veinte españoles, y con seis mil flecheros tlaxcaltecas, en tanto que Xicotencatl reunia un ejército de cincuenta mil hombres. En Tzimpantzinco, ciudad de Tlaxcala, se le agregaron tantas fuerzas de aquella república, de Huexotzinco y de Cholula, que se crée no bajaban de ciento y cincuenta mil hombres.

La primera espedicion fué contra Zacatepec, pueblo de la confederacion de los Tepeyaqueses. Sus habitantes hicieron una emboscada contra los españoles: el combate fué sostenido con tenacidad por una y otra parte; pero fueron vencidos los Zacatepequeses, quedando muchos de ellos muertos en el campo (I). De allí marchó el ejército contra Acatzinco, ciudad distante diez millas de Tepeyacac, hácia Levante, y en ella entraron triunfantes los españoles, despues de haber ganado otra accion, poco ménos ardua que la de Zacatepec. De Acatzinco mandó Cortés muchos destacamentos á quemar unos pueblos de los alrededores, á someter otros á su obediencia; y cuando le pareció ser tiempo de atacar la ciudad principal, se encaminó con todo su ejército á Tepeyacac, donde entró sin ninguna resistencia de los habitantes. Allí declaró esclavos á muchos prisioneros, hechos en aquella provincia, y los hizo marcar con un hierro ardiendo, segun la bárbara costumbre de aquel siglo, aplicando la quinta parte al rey de España, como se hacia con todo lo que tomaban, dividiendo el resto entre los españoles y los aliados. Allí fundó, segun el modo de hablar de aquel tiempo, una ciudad que llamó *Segura de la Frontera*, cuyo acto se redujo á establecer magistrados españoles, y erigir una pequeña fortificacion (2).

(1) Muchos historiadores dicen que la noche siguiente á la batalla de Zacatepec, tuvieron los aliados de los españoles una gran cena de carne humana, parte asada en un número increible de asadores de madera, parte cocida en cincuenta mil ollas; pero esto me parece una fabula. No es probable que pasasen por alto aquel suceso ni Cortés, ni Bernal Diaz, el cual es demasiado prolijo y enojoso en este género de atrocidades.

(2) Aun subsiste la ciudad de Tepeyacac, ó Tepeaca; pero el nombre de Segura de la Frontera fué muy en breve puesto en olvido. Carlos V le dió el título y honores de ciudad en 1545. Hoy pertenece al marquesado del Valle.

Las tropas mexicanas, que estaban de guarnicion en aquella provincia, se retiraron de ella, por no tener bastantes fuerzas para resistir á sus enemigos; pero al mismo tiempo se dejó ver sobre la ciudad de Cuauhquechollan (1), distante de la de Tepeyacac, mas de cuarenta millas, un ejército mexicano, mandado por el rey Cuitlahuatzin, para impedir á los españoles el paso á la capital por aquella parte, en caso de que lo intentasen. Era Cuauhquechollan una ciudad considerable, cuya poblacion subia de cinco á seis mil familias, muy amena, y no ménos fortificada por la naturaleza que por el arte. Defendíanla por un lado, un monte alto y escabroso, y por otro, dos rios poco distantes entre sí. Toda la ciudad estaba circundada de un fuerte muro de cal y canto, de veinte piés de alto, y de doce de grueso, con un buen parapeto que la coronaba en toda su estension, y que tenia cerca de tres piés de altura. No se podia entrar en ella sino por cuatro puertas, situadas en los puntos en que se doblan las estremidades del muro, formando dos semicírculos concéntricos, como se ha representado en la estampa del libro VII. Aumentaba la dificultad del ingreso, la elevacion del piso de lo interior, que era tanta, cuanta la altura del muro, de modo que para entrar era forzoso subir algunos escalones bastante altos.

El señor de aquella ciudad, que era el parcial de los españoles, envió una embajada á Cortés, declarándose vasallo del rey de España, reconocido ya señor de aquella tierra en la solemne reunion que celebró el rey Moteuczoma con la nobleza mexicana en presencia de Cortés; que él deseaba dar pruebas de su fidelidad, pero que no se lo permitian los Mexicanos; que á la sazon habia en aquella ciudad y en los pueblos circunvecinos, gran número de oficiales de aquella nacion, y hasta treinta mil soldados, para impedir toda confederacion con los es-

(1) Los españoles llaman á Cuauthquechollan, *Guaquechula* ó Huacachula. Hoy es un amenísimo pueblo de indios, abundante en escelente fruta.

pañoles; que por tanto, le rogaba viniese á socorrerlo y á libertarlo de las vejaciones que de aquellas tropas sufria. Agradeció Cortés el aviso, y envió inmediatamente con los mensajeros un socorro de trece caballos, de doscientos peones españoles, y de treinta mil hombres de las huestes auxiliares, al mando del capitan Olid. Los mensajeros, por órden de su señor, se ofrecieron á conducir el ejército por un camino poco frecuentado, y avisaron al comandante Olid, que cuando se acercase á la ciudad, los habitantes atacarian de mano armada los alojamientos de los oficiales mexicanos, y procurarian tomarlos ó matarlos, á fin de que entrando despues los españoles, fuese mas fácil vencer á los enemigos, privados ya de sus gefes. Pero doce millas ántes de llegar á Cuauhquechollan, el comandante español entró en sospechas de que los Huexotzingos se hubiesen confederado secretamente con los Cuauhquecholeses y con los Mexicanos, para destruir á los españoles. Estos recelos fundados en siniestros informes, y que despues se hicieron mas verosímiles, por el gran número de Huexotzingos que se agregaron espontáneamente al ejército, lo obligaron á volver á Cholula, donde mandó prender á los Huexotzingos de mas autoridad, y á los mensajeros de Cuauhquechollan, y los mandó con buena escolta á Cortés, para que hiciese las averiguaciones necesarias.

Mucho desaprobó Cortés aquella conducta contra unos amigos tan fieles como los Huexotzingos: sin embargo, los examinó diligentemente, descubrió la inocencia y la buena fe de unos y otros, y conoció que las desgracias pasadas habian hecho medrosos á los españoles, y el miedo, como suele, los inducia á formar sospechas injustas y precipitadas. Acarició y regaló cuanto pudo á los Huexotzingos y Cuauhquecholeses, y acompañado por ellos, marchó inmediatamente para Cholula, con cien peones españoles y diez caballos, determinado á dirigir personalmente aquella empresa (1). Halló á las tropas de Olid amedrentadas; por lo que, les inspiró valor, y siguió la marcha á Cuauhquechollan, con todo el ejército, que á la sazon constaba de mas de trescientos españoles, y de mas de cien mil aliados: tanta era la prontitud de aquellos pueblos en armarse contra los Mexicanos, para sustraerse á su dominio. Antes de llegar á Cuauhquechollan, le avisó aquel señor que ya estaban tomadas todas las medidas: que los Mexicanos confiaban en las centinelas que habian puesto en los caminos y en las torres; pero que los ciudadanos se habian apoderado en secreto de ellas.

Apénas vieron los de la ciudad el ejército que venia á su socorro, asaltaron con tanta violencia los alojamientos de los Mexicanos, que ántes de entrar Cortés, le presentaron cuarenta prisioneros. Cuando entró aquel general, atacaban tres mil ciudadanos el cuartel principal de aquellos oficiales, que aunque muy inferiores en número, se defendieron con tanto brio, que los Cuauhquecholeses no pudieron entrar en la casa, á pesar de haberse hecho dueños de las azoteas. Cortés la tomó por asalto; pero en despecho de sus conatos para hacer algun prisionero que lo informase del estado actual de la corte, no lo pudo conseguir, pues ellos pelearon con tanto tezon, que todos murieron, y solo de un oficial moribundo se pudieron sacar algunas noticias. Los otros Mexicanos esparcidos por la ciudad, huyeron precipitadamente á incorporarse con el grueso del ejército, acampado en una elevacion que dominaba todos los contornos, el cual se puso en un momento en órden de batalla, y entró en la ciudad, pegando fuego á las casas. Cortés afirma que no habia visto jamas tropa de mas bello aspecto, por las

[1] Bernal Diaz niega que Cortés se hallase en persona en estas espediciones; pero el mismo Cortés lo asegura, y habla de tal modo de las dos ciudades, que aunque no lo dijese, deberiamos inferir que intervino en la guerra. Bernal Diaz escribió cuarenta años despues del suceso, y pudo padecer alguna falta de memoria. Cortés escribió su segunda carta á Carlos V, en la que habla de aquella campaña, pocos dias despues de ella.

alhajas de oro y los penachos que en ella lucian. Los españoles corrieron á la defensa con su caballería y con muchos millares de aliados, y obligaron á los enemigos á huir á una posicion alta y escabrosa; pero viéndose todavía perseguidos en ella, se recobraron en un monte elevadísimo, dejando muchos muertos en el campo. Los vencedores, despues de haber saqueado el de los enemigos, volvieron á la ciudad, llenos de gloria y cargados de despojos.

Tres dias descansó el ejército, y al cuarto pasó á Itzocan, llamada por los españoles Izúcar, ciudad de tres á cuatro mil familias, situada á la falda de un monte, á cerca de diez millas de Cuauhquechollan, rodeada de un rio profundo y de una pequeña muralla. Sus calles eran bien ordenadas, y tantos sus templos, que entre grandes y pequeños contó Cortés hasta ciento: su clima es cálido, por estar en un valle profundo, encerrado entre altas montañas, y el terreno, como el de Cuauhquechollan, fertilísimo, y sombreado por árboles de hermosas flores y escelentes frutos. Mandaba en aquel pais un personaje de la sangre real de México, á quien Moteuczoma lo habia dado en feudo, despues de haber mandado dar muerte, no sé por qué motivo, al legítimo señor que lo poseia. A la sazon tenia una guarnicion de cinco ó seis mil hombres de tropas mexicanas. Todos estos datos, comunicados por el señor de Cuauhquechollan á Cortés, lo movieron á emprender aquella espedicion. Hallándose con un ejército, segun él mismo afirma, de cerca de ciento veinte mil hombres, dió el asalto á la ciudad, por la parte que le pareció ménos dificil. Los Iztocaneses, ayudados por las tropas reales, hicieron al principio alguna resistencia; pero vencidos por fuerzas tan superiores, se desbarataron, y huyeron por la parte opuesta á la del ataque, pasando el rio, y alzando los puentes, á fin de no ser perseguidos por sus contrarios Los españoles y los aliados, en despecho de las dificultades que hallaron para vadear el rio, los siguieron por mas de cuatro millas, matando á unos, haciendo prisioneros á otros, y aterrando á todos con su furor y violencia. Vuelto Cortés á la ciudad, mandó pegar fuego á todos los santuarios, y por medio de algunos prisioneros llamó á los habitantes, que estaban esparcidos en los montes, dándoles salvoeonducto, para que volviesen sin temor á sus casas.

El señor de Itzocan se habia ausentado de la ciudad, y puesto en camino para México, cuando se descubrió el ejército contrario. Esto bastó á la nobleza, que quizás no le era muy afecta, para declarar el estado vacante: por lo que, con aprobacion y bajo el amparo de Cortés, convinieron en darlo á un príncipe, hijo del señor de Cuauhquechollan y de una señora hija del antiguo poseedor, condenado á muerte por Moteuczoma, y por ser de tierna edad, se le nombraron por tutores á su padre, á su tio y á dos nobles. Aquel mancebo fué muy en breve instruido en la religion cristiana, y bautizado.

La fama de las victorias de los españoles voló inmediatamente por aquellos paises, y atrajo muchos pueblos á la obediencia del rey de España. Ademas de Cuauhquechollan, Itzocan, y Ocopetlayocan, gran ciudad, poco distante de aquellas dos (1), vinieron á tributar homenaje á la corona de Castilla, los señores de ocho pueblos de Coaixtlahuacan (2), parte de la vasta provincia de

(1) Ocopetlayocan es llamado por Cortés *Ocupatuyo*, por causa de la ignorancia de la lengua, y el autor de las notas á sus Cartas creyó que fuese Ocuituco; mas este pueblo no estaba tan cerca de Cuauhquechollan, como, segun Cortés, estaba Ocupatuyo. Torquemada, aunque exacto en los nombres, lo llama *Acapetlayocan* y *Acapetlahuacan*.

[2] Coaixtlahuacan es llamada por Cortés *Coastoaca*, y dice que está cerca de Tamazola, á donde pocos meses ántes habia enviado unos españoles á buscar minas. El autor de dichas notas dice que Tamazola está en Cinaloa; mas este es uno de los grandes despropósitos que se hallan en aquella obra. El mismo Cortés asegura que Tamazola distaba 40 leguas de Itzocan, y Cinaloa dista mas de 400. Tampoco habla Cortés de Huaxyacac, ú Oajaca, donde dice Coastoaca, como pretende aquel escritor, sino de

Mixtecpan, distante mas de ciento veinte millas de Cuauhquechollan, solicitando todos á porfia la amistad de aquellos hombres invencibles.

Cortés volvió á Tepeyacac, y por medio de sus capitanes hizo la guerra á varias ciudades que habian cometido hostilidades contra los españoles. Los habitantes de Xalatzinco, ciudad poco distante del camino de Veracruz, fueron vencidos por el famoso Sandoval, y los principales de entre ellos conducidos prisioneros á Cortés, el cual, viéndolos arrepentidos y humillados, los puso en libertad. Los de Tecamachalco, ciudad considerable de la nacion Popoloca, hicieron una vigorosa resistencia; mas al fin se rindieron, y dos mil de ellos fueron hechos esclavos. Contra Tochtepec, ciudad grande, á orillas del rio de Papaloapan, donde habia guarnicion mexicana, envió al capitan Salcedo, con ochenta españoles, de los cuales no quedó uno vivo para traer la noticia á Cortés. Mucho sintió esta pérdida, que en efecto era muy grande, atendido el pequeño número de gente propia que le quedaba. Para vengarla, envió á los dos valientes capitanes Ordaz y Avila, con algunos caballos y veinte mil aliados, los cuales, á pesar del valor con que los Mexicanos se defendieron, tomaron la ciudad y mataron muchos enemigos.

No fué la pérdida de aquellos soldados la que mas amargó á Cortés: los mismos que poco ántes le habian suplicado que regresase á Veracruz, persistieron tan obstinadamente en su demanda, que se vió obligado á concederles permiso de volver, no ya á Veracruz, para aguardar allí nuevos refuerzos, sino á Cuba, para estar mas léjos de los peligros de la guerra, pareciéndole ménos malo disminuir sus tropas, que tener consigo malcontentos, que con su disgusto enfriasen el valor de los otros; pero esta pérdida fué pronta y ventajosamente reparada con un buen número de soldados, que con caballos, armas y municiones, llegaron al puerto de Veracruz, enviados los unos por el gobernador de Cuba, en socorro de Narvaez, y los otros por el gobernador de la Jamaica, para la espedicion de Pánuco. Todos se agregaron gustosos al partido de Cortés, mudándose en instrumentos de felicidad los mismos recursos que sus enemigos empleaban para su ruina.

ESTRAGOS DE LAS VIRUELAS. SUCESOS EN MEXICO.

Las victorias de los españoles y la muchedumbre de sus aliados, engrandecieron de tal modo su nombre, y granjearon tanta preponderancia á Cortés, que era el árbitro de los disturbios de aquellos pueblos, y á él, como á supremo señor de aquella tierra, se dirigian para obtener la confirmacion de la investidura de los estados vacantes, como sucedió con los de Cholula y de Ocotelolco en Tlaxcala, que vacaron de resultas de las muertes ocasionadas por las viruelas. Este azote del género humano, desconocido enteramente hasta entónces en el Nuevo-Mundo, fué llevado á él por un negro esclavo de Narvaez. Este lo comunicó á los Cempoaltecas, y de estos se propagó el contagio por todo el imperio mexicano, con indecible daño de aquellas naciones. Los que por ser dotados de una fuerte complexion, resistieron á la violencia del mal, quedaron tan desfigurados por las profundas trazas de la erupcion, que hacian horror á cuantos los miraban. Entre los otros males ocasionados por tan terrible enfermedad, fué muy sensible á los Mexicanos la muerte de su rey Cuitlahuatzin, despues de tres ó cuatro meses de reinado, y á los Tlaxcaltecas y españoles la del príncipe Maxixcatzin.

Los Mexicanos dieron la corona á Cuauhtemotzin, sobrino de Cuitlahuatzin, por no quedar ya ningun hermano de los dos últimos reyes. Era jóven de veinticinco años, de ánimo intrépido, y aunque por su corta edad, no muy práctico en la guerra, continuó las disposiciones militares de su predecesor. Casóse con su prima Tecuichpotzin, hija de Moteuczoma, y viuda de su tio Cuitlahuatzin.

Coaixtlahuaca, llamada por los españoles *Justlahuaca*.

Cortés lloró la pérdida de Maxixcatzin, tanto por la amistad que con él habia estrechado, cuanto por haber sido aquel personaje el que mas habia influido en la armonía que hasta entónces habia reinado entre españoles y Tlaxcaltecas. Por tanto, despues de haber asegurado el camino de Veracruz, y de haber mandado á la corte de España al capitan Ordaz, con una relacion exacta, dirigida al emperador Carlos V, de cuanto hasta entónces le habia ocurrido, y al capitan Avila á la isla de Santo Domingo, solicitando nuevos socorros para la conquista de México, salió de Tepeyacac para Tlaxcala, y entró allí vestido de luto, y haciendo grandes demostraciones de dolor, por la muerte del príncipe su amigo. Confirió, á peticion de los mismos Tlaxcaltecas, y á nombre del rey Católico, el estado vacante de Ocotelolco, uno de los cuatro principales de aquella república, á un hijo del difunto príncipe, mancebo de doce años, que en el bautismo tomó el nombre de D. Juan Maxixcatzin (1), siendo desde entónces el nombre del padre apellido del hijo y de toda su ilustre descendencia, y para honrarlo de un modo particular, en atencion á los méritos de su padre, lo armó caballero al uso de Castilla.

EXALTACION DEL PRÍNCIPE COANACOTZIN, Y MUERTE DE CUICUITZCATZIN.

En aquel mismo tiempo, aunque por muy distinta causa, ocurrió la muerte del príncipe Cuicuitzcatzin, á quien Moteuczoma y Cortés habian puesto en el trono de Acolhuacan, en lugar de su desventurado hermano Cacamatzin. No le fué dado gozar largo tiempo de su postiza dignidad, pues muy en breve lo privó de la libertad el mismo que le habia dado la corona. Salió de México con los otros prisioneros, en la noche de la derrota de los españoles; mas entónces tuvo la fortuna, ó mas bien la desgracia de salvar la vida, que debia perder despues de un modo ignominioso. Acompañó á los españoles hasta Tlaxcala, donde permaneció hasta que, ó impaciente de la opresion, ó deseoso de recobrar el trono, se huyó secretamente á Texcoco. Reinaba á la sazon en aquella corte su hermano Coanacotzin, á quien por muerte de Cacamatzin tocaba por ley del reino la corona. Apénas se presentó Cuicuitzcatzin, cuando fué preso por los ministros reales, que dieron cuenta inmediatamente al rey, el cual se hallaba en México. Este lo hizo saber á su primo Cuauhtemotzin, el cual, creyendo que el príncipe fugitivo era espía de los españoles, fué de opinion que se le diese muerte. Coanacotzin, ó por complacer á aquel monarca, ó mas bien por deshacerse de un rival peligroso, mandó ejecutar sin tardanza aquel designio. Así terminó su vida aquel desventurado, cuya elevacion solo sirvió para hacer mas estrepitosa su caida (1).

[1] Solis dice que se llamaba Lorenzo; mas este fué el nombre del padre: el hijo se llamó Juan, como dice Torquemada, que lo supo por los mismos Tlaxcaltecas.

[1] No hay un historiador español, escepto Cortés, que haga mencion de la fuga, de la prision y de la muerte de Cuicuitzcatzin. Gomara solo habla de su muerte, y lo llama *Cocuzca;* Herrera, *Quisquizca*, y Cortés, *Cucazcasin.* Añade que se llamaba tambien *Ipalsuchil*, esto es, *Icpalxochitl.*